

Circunvalando el español

Es para mí un honor coordinar esta mesa en el *VIII Congreso Internacional de la Lengua Española* sobre “El español, lengua universal”, convertida en banquete platónico gracias a quienes van a intervenir después. Para abrir boca, he elegido el título “Circunvalando el español”, porque se nos olvida que “globalizado” equivale a lo que antes se entendía por “universal”, y más si lo aplicamos al español, una lengua que hace ya varios siglos circunnavegó el mundo.

A nadie se le escapa que *circunvalar* se asocia a la expedición que Magallanes y Elcano llevaron a cabo entre 1519 y 1522 para llegar por Occidente a las Islas de las Especias, consiguiendo, por primera vez en la historia, dar la vuelta al globo, como rezaba la leyenda del escudo que Carlos V concedió a Juan Sebastián Elcano: “Primus circumdedisti me” (“Tú eres el primero que me has circunvalado”). Los testimonios sobre esa expedición confirman no solo afanes económicos tras la búsqueda de apreciadas especias como el clavo, sino culturales, religiosos y políticos. En todos ellos, fue capital la lengua española, que entró luego en contacto con muchas otras en las Molucas, Nueva Guinea, Las Carolinas, Hawai o Tahití y demás lugares. Me referiré tan solo a algunos momentos.

Comenzaré con la *Relación del primer viaje alrededor del mundo* de Antonio Pigafetta, escrita en italiano y pronto traducida a otros idiomas, que dio cuenta por primera vez de la lengua cebuana hablada en Filipinas y de otras que los marineros fueron conociendo. Gracias a ello, la noticia de la circunvalación del globo transformó una vez más el maleficio de Babel en la riqueza supuesta por el plurilingüismo y por la traducción. Téngase en cuenta que, en ese diario de a bordo, se entrecruzaron numerosas lenguas y culturas, aportando noticias curiosas sobre los caníbales del Río de la Plata o las costumbres de la Patagonia, donde los navegantes españoles encontraron a un gigante al que vistieron y enseñaron a decir “Jesus, pater noster...”.

Ese gigante patagón, con el que al principio se entendieron por gestos, se convirtió pronto en intérprete. Bautizado con el nombre de Pablo, murió abrazado a la cruz antes de que los navegantes, enfermos y sin víveres, salieran del Estrecho de Magallanes camino de las Islas Afortunadas. A este respecto, no deja de ser curiosa la presencia de un gigante traductor, ya que, desde la Biblia y la *Gigantomaquia* clásica, los gigantes fueron símbolo de la confusión babélica.

María Rosa Lida recordaba el valor de las palabras de Juan de Castellanos, recogidas en sus “Elegías de varones ilustres de Indias”. Pues, ya hablemos del Dorado, de California o de la Tierra de la Canela, las voces de la oralidad y las palabras de la escritura conformaron un entrelazado de realidad y fantasía en el contacto con otras lenguas y culturas. La circunvalación del español corrió así parejas con la del mundo, convirtiéndose en Filología, como cuando dos siglos después el *Diccionario de Autoridades*, presumió, *pars pro totum*, que Magallanes dio el nombre de patagones a los aborígenes de la costa atlántica sur por lo descomunal de sus pies.

No me detendré en el islario del Pacífico y en las referencias de Antonio Pigafetta al imperio chino, o a la ya más ligera vuelta de Elcano por el Cabo de Buena Esperanza, pasando por Mozambique y Cabo Verde, ni en cómo llegaron los dieciocho navegantes, la mayoría enfermos, a Sanlúcar de Barrameda. Pero sí querría apuntar que a ese periplo y otros posteriores se debió la orientalización de Sevilla y sus contactos con India, China y Japón, haciéndose patente su impronta hasta en el ajuar de las casas.

Me referiré, en segundo lugar, a la *Conquista de las islas Malucas*, que Bartolomé Leonardo de Argensola publicó en 1609, porque esa joya de la historiografía, que pronto se tradujo a varios idiomas, ofreció un sinfín de datos sobre el entramado de las lenguas con la política, la religión, la economía y las costumbres de las islas del Pacífico. De ahí que, más allá de la riqueza del español al entrar en contacto con las lenguas de América, convenga ampliar horizontes con otros viajes y descubrimientos posteriores a 1492; sin olvidar el que había existido ya durante siglos con el árabe y otras lenguas asiáticas y europeas. La presencia de intérpretes en las expediciones a las Molucas y la conciencia de que se enfrentaban a otros idiomas, religiones y costumbres son constantes, e incluso conllevaron la ida y vuelta de nativos a España. Así ocurrió cuando los españoles rogaron a uno de sus reyes que dos de sus hijos se fueran con ellos, para que aprendiesen la lengua española y a su vuelta hablasen de lo que allí hubieran visto.

Por otro lado, los cambios en la toponimia fueron constantes, pues no solo se bautizaba a los nativos, sino a los lugares, montes e islas, que se llenaban con cruces y cementerios cristianos, produciéndose numerosos cambios en la antroponimia, como le pasó a Humabón, rajá de Cebú, que, según Pigafetta, fue llamado don Carlos en recuerdo del emperador. A su vez, Pedro Sarmiento de Gamboa fundó en 1584 la ciudad Nombre de Jesús en el hemisferio austral y tomó posesión de la isla de la Santísima Trinidad en el nombre de esta y de don Felipe, “rey de las Españas y de sus Anejos”. En esta última y tras el rezo de un *Te Deum*, apresaron a un indio “para que fuese lengua”. El hecho se repitió en otros lugares y tiempos, como cuando Pedro Fernández de Quirós bautizó en 1606 a Australia del Espíritu Santo.

En la *Conquista de las islas Malucas*, se ve que lo que acontecía en el Atlántico y en el Pacífico afectaba no solo a España sino a toda Europa; caso de las referencias al corsario Francis Drake, que pasó por el estrecho de Magallanes y fue a esas islas, bautizando una de ellas como Nueva Albión. El afán porque la voz del Evangelio sonara en los confines de la tierra “hereje” se hizo sin duda en español, pero también en holandés, en inglés y en otras lenguas. El alcance de esa simbiosis entre poder, lengua y religión, lo reflejaría en 1615, desde una nueva perspectiva, Miguel de Cervantes en el *Persiles*, donde mostró la riqueza del plurilingüismo y de la traducción, además de la dignidad de los supuestos salvajes.

Un estudio sobre los nombres de los barcos que fueron a América o que recorrieron el Pacífico probaría, sin mucho esfuerzo, la presencia del santoral y hasta del catecismo a la hora de ser bautizados. Así lo confirma la representación de una monarquía católica y universal en los llamados Los Reyes y Todos los Santos con los que Álvaro de Saldaña partió del Perú en 1567.

La palabra cristiana, en latín o en romance, se convirtió a veces en salmo, como muestran los *Naufragios y Comentarios* de Cabeza de Vaca en la Florida y el Río de la

Plata, donde se interesó por la Babel de lenguas de la América, al igual que muchos otros descubridores. A este respecto, me gustaría hacer hincapié en la importancia que los diálogos, los sermones y otros testimonios orales pueden aportar al tema del español y otras lenguas en contacto, aunque a veces no haya quedado rastro documental escrito más allá de las referencias ocasionales. El tema es desbordante y bien conocido en relación con América, pero también ocupa un lugar esencial en las islas del Pacífico, en África y en la misma Europa.

Por último, me detendré, siquiera brevemente, en una edición facsímil reciente de unos diccionarios trilingües publicados por Fabio Yuchung Lee y otros investigadores: El *Diccionario Hispánico-Sinicum*, el *Arte de la Lengua Chio chiu* y los manuscritos chinos de Filipinas, que contienen miles de vocablos en chino mandarín, en el dialecto *hakka* y en español, siendo todos ellos fundamentales para el estudio del vocabulario y de la vida de los chinos en Manila durante los siglos XVI y XVII.

El *Diccionario Hispanico Sinicum* incluye numerosos términos relacionados con la vida familiar y la actividad marinera en Manila y merecería atención detenida, al igual que el *Arte de la lengua chio chiu*, “Para el uso de Frai Raimundo Feijoó de la orden de Predicadores”, quien empieza diciendo que “La lengua comun del Reino de la china es la lengua mandarina”, y que la chio chiu es distinta. Ese manuscrito ofrece además numerosas referencias gramaticales y de carácter fonético dignas de consideración. El testimonio de estos manuscritos es impagable, pues el *Dictionarium*, aparte su interés léxico, contiene la primera gramática del dialecto *hakka*, compuesta por europeos y supone la primera romanización de dicho dialecto y el mandarín en caracteres españoles, conteniendo además numerosos refranes y proverbios. No me detendré en sus posibilidades y riqueza, pero sí señalaré que la palabra *Dios* aparece remarcada y orlada, destacando sobre todas las demás; y era sin duda ese Dios en español el que había llegado a esas islas, como ahora se dice, para quedarse.

Al lado de los dominicos y otras órdenes religiosas, los jesuitas rivalizaron en la prédica del Evangelio y en el uso del chino y de sus dialectos. No en vano en el colegio de Cebú había padres españoles, portugueses, chinos, bisayas, tagalos y de otras naciones. Nada nuevo, en definitiva, bajo el sol de Oriente, si nos atenemos también a la larga relación entre hidalgos y samuráis -por decirlo con palabras de Juan Gil- desde el Renacimiento. Sin olvidar la presencia de japoneses en México y el viaje de Hasekura, embajador del Japón, a Roma, pasando por Acapulco, Sevilla, Madrid, Zaragoza y Barcelona entre 1614 y 1615, justo en los años en los que Cervantes iba culminando el *Persiles*. El bautizo de Harekuma en las Descalzas Reales de Madrid, apadrinado por el duque de Lerma y la Condesa de Barajas, abrió el camino a todo un programa de evangelización plagado de referentes lingüísticos y culturales, que culminarían en la ciudad papal, adonde también arribaron, por cierto, los peregrinos septentrionales de Cervantes.

El gran salto actual del español en China, donde sesenta millones de bachilleres lo pueden elegir como asignatura optativa, tiene sus antecedentes; y no solo en el prólogo de Cervantes a la segunda parte del *Quijote*. Ello atañe particularmente a la riqueza de la traducción, marca mayor de cualquier lengua que se precie, como la que supuso en 1613-

5 la embajada de Idate Masamune al papa Paulo V, contada a través de su intérprete Escipión Amati.

No será necesario remitir a Eugenio Garin para suscribir que el Humanismo y los descubrimientos fueron de la mano. Su historia constituye un minero para el diálogo entre culturas, lo que equivale también a un diálogo permanente entre las lenguas. Pero, volviendo al presente, diré que se nos llena la boca con los datos que propicia anualmente el Instituto Cervantes, en un imparable ascenso de una lengua viva que crece año a año, pero queda todavía mucho por hacer. Sabemos que el español ha alcanzado los 577 millones en 2018 y que, a efectos económicos, ocupa el tercer puesto en el PIB mundial, siendo la tercera lengua en Internet y la segunda en las redes sociales. La realidad sin embargo muestra no pocos vacíos y puntos de sutura en lo que se refiere a la presencia del español en campos como el científico o el económico, por no hablar de los centros de poder. Los límites culturales de la globalización en la era de internet son complejos, pero conviene echar la vista atrás para comprender hasta qué punto los problemas inherentes a la universalidad del español ya se plantearon en plenitud hace siglos. De ahí la necesidad de aprender del pasado para acertar en las soluciones que debemos dar en el presente y en el futuro.

El asunto requiere sin duda nuevas perspectivas, como las que se plantearán en este congreso, aunque ya se hiciera en anteriores “CILES”. En el de 2006, celebrado en Argentina, Pedro Luis Barcia habló precisamente de la “*calida iunctura*” que encierran los términos “Identidad Lingüística y Globalización”; conceptos que se deben configurar más allá de la fosilización del monolingüismo, abriéndose a la comunicación. Y, en ese camino, la traducción debe ocupar un papel nodular en el español que traduce y se traduce.

No hará falta apelar a la correspondencia entre Unamuno y el cordobés Arturo Capdevila Igarzábal, cuando este publicó *Babel y el castellano*. En ese libro, el escritor argentino reclamaba el diálogo de las lenguas y un “imperio espiritual” por virtud del cual, “gentes de distintos países y climas, separadas por el océano inmenso, anulaban las diferencias y terminaban por ser miembros de una gran familia”.

Por ello, y para terminar, me permitirán que me refiera a ese “afán de universalidad” al que remitía Amado Alonso a propósito de la lengua literaria. Para él, como para fray Luis de León, Fernando de Herrera o Rubén Darío, la variedad no era símbolo de escisión, sino hermandad de estilos.

Como decía Baltasar Gracián, “las lenguas son las llaves del mundo”, y el español ha abierto, abre y abrirá muchas puertas con sus voces y sus letras.

Aurora Egido

Secretaria de la Real Academia Española

